

UNL (Santa Fe).

Diario de Pesca - Diario de pesca.

Aranciaga Ignacio.

Cita:

Aranciaga Ignacio (2025). *Diario de Pesca - Diario de pesca*. Santa Fe: UNL.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/ignacio.aranciaga/141/1.pdf>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pzvf/Bqo/1.pdf>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

COLECCIÓN
ALGO
COMPARTIDO

DIARIO DE PESCA

IGNACIO ARANCIAGA



VERA editorial cartonera

DIARIO DE PESCA



DIARIO DE PESCA

COLECCIÓN
**ALGO
COMPARTIDO**

IGNACIO ARANCIAGA



VERA editorial cartonera

A mi viejo que me llevó a pescar

A Alejandra, Matko, Ludmi, Sofi y Clari,
por construir amor día a día

INICIACIÓN

A modo de ritual preparo la caja de pesca. Pronto me doy cuenta de que en la lancha ya estoy jugado y mejor tomar precauciones que me van a ahorrar tiempo. Es mi bautismo como capitán. Lo de capitán es un exceso. Pablo, mi cuñado, ahora también socio, me da todas las indicaciones de la lancha, desde dónde poner los tapones hasta la forma de arranque. Cómo bajar el motor, conectar las mangueras, preparar la nafta, cebador y embrague.

¿Por dónde navegar? Las sensaciones de inestabilidad son muchas, entre otras, la lancha no tiene freno, metáfora vital. No se ven otras embarcaciones en el Leyes. El frío está presente, el cielo gris, la posibilidad de una tormenta o lluvia, nula. Las ganas de salir son superiores a cualquier obstáculo.

A las siete de la mañana las puertas de la guardería están abiertas. A pesar de ser domingo no hay movimiento. El frío y el rumor —que corre rápido entre pescadores— de que la pesca se había cortado, conspiran para que nadie salga. Yo sí salgo. Hago un cuenco con mi mano derecha, me inclino hacia el río, el agua que consigo me la llevo a la boca.

No llego a distinguir las variantes del marrón en el agua. La temporada. La ubicación del sol. La luz entre las nubes. La entrada de agua. La lluvia, acá o río arriba. Cada mutación genera nuevas tonalidades.

Te dicen está transparente, oscura, sucia, chocolatosa. Arlt, en sus *Aguafuertes fluviales*, dirá tabaco, ámbar gris, ligeramente verdulenco, tierra, consistencia de pintura al aceite, hierro colado. Cuando sale el bicho uno se olvida de todo eso. Cuando no, hay tiempo para divagar. Hoy el agua está rara, de un ocre amarillo claro.

Tripero de sábalo, de gallina, lombrices, coludas, anguilas y señuelos. Es inútil. Creo que algo picó alguna vez. Pero cuando el

río está negado, nada sale. Lo central es el bautismo pesquero y empezar a conocer el Arroyo Leyes. Dos pescadores hacen rancha en la boca del Falso Toro. ¿Esa existencia será ir de isla en isla pescando? Nómadas del Paraná. ¿Los guaraníes y mocovíes se las arreglarían así? El fluir cambiante del Leyes que adora y se entrega al Paraná. Volvemos rápido. Hay que llegar al asado del suegro. Toda otra serie de indecisiones para amarrar la lancha. Cargamos todo y llegamos casi sin olor a tripero.

DUERME EL PEZ

Le insisto a Diego para ir a pescar.

Extrañamente da vueltas. Quiero navegar sin supervisión, recorrer el río y temer perderme. Diego suele pedir datos para ir a pescar, averigua, no hay pique, vamos al río. Salimos para el Leyes. Lo sumamos a Goro, 21 años, lo buscamos cerca del terraplén, tiene los rasgos de la juventud, la cara sin arrugas pero el semblante del que ya vivió.

Cargo cajas de pesca, cañas, tanques de nafta, agua y comida porque Diego tiene su equipo en Cayastá. En la Ruta 1 propone que sigamos para allá, cualquier cosa con tal de hacerme de río.

El agua vuelve o sigue estando marrón amarillento. Se cortó el pique, entra mucha agua del Paraná, comenta Diego. Si entra agua hay que preocuparse, si no entra también.

Un amarillo en todo el día. La pasamos fantástico. Hay cierta magia en el río para que tres seres sin puntos en común se sientan cómodos en el espacio reducido de la lancha. No hay obligación de hablar ni ansiedad ante el silencio. Nadie que diga «pasó un ángel» o «se corta el aire con un cuchillo», solo basta escuchar el río, mirar el río, buscar el pez o quién sabe qué sea, tal vez el misterio que nos pone en la cadencia del horizonte fluvial.

En Cayastá navegamos hasta los parajes el Boquerón y Pico de Pato, la necesidad pesquera que supo ver en formas de esa tierra y confluencia de ríos, la sentencia de nombrar.

Diego no había ido mucho por estos lugares, asume riesgos, no tiene inconvenientes en la búsqueda incierta. La lancha encalla, una hora para salir de ahí. Tiramos la línea, ni variada ni dorados. Hace veinte días en esos mismos lugares sacamos cantidad, hoy nada.

Volvemos tarde, idas y vueltas, el San Javier, en los parajes de El Malo, está cruzado de troncos, la Vuelta del Dorado nos deja en El Chajá.

FRITANGA

Los preparativos del día anterior fueron arduos. Invité al Mono, Chicho, Guille, Juan, Joaquín, Santiago, sondeé a Diego, Mauro se copó y sumó a un amigo.

Salimos con viento y niebla de Santa Fe, pasé a buscar por el sur a Martín, a quien no conozco, luego por Colastiné a Mauro. Está en la puerta y cargamos las cosas. Mauro, contradiciendo su habitual proceder, se prendió a la pesca sin resistencia y con puntualidad. Me asusto, pasan cosas raras.

Salimos, hago un cuenco con mi mano derecha, me inclino hacia el río, el agua que consigo me la llevo a la boca.

En principio íbamos a ir unas tres o cuatro horas pero llevar una ollita amerita preparar una fritanga. Entonces ya tenemos una obligación autoimpuesta: pescar para comer. Cruzamos el puente de la Ruta 1, dejamos a la izquierda Los Zapallos y La Vuelta del Pirata. El cielo está plomizo. No hace frío pero al llegar a la guardería mi campera está mojada porque se cayó o se volcó el agua del termo que trajo Mauro. Pongo la campera del revés medio colgada y no se termina de secar.

El río está desierto de embarcaciones. Los privilegios de salir un viernes. El primer amarillo lo saca Mauro, yo el segundo, se le escapa una boga a Martín. Nos cruzamos una lancha con tres hombres, una mujer con una *notebook* con una ecosonda al costado. Anclamos en El Chipá, sale variada, seguimos por ahí hasta desembocar en el San Javier.

Mauro y Martín se emocionan al ver un martín pescador, trae suerte, dicen. Sumamos cuatro amarillos y un patí para la fritanga. Juntamos leña, colgamos la olla, prendemos el fuego y no tenemos grasa ni aceite. No sé si atribuirle este olvido a Mauro, a Martín o a mí mismo. Empiezo a entender que el que gobierna la lancha tiene que

garantizar que todo esté en orden, desde la nafta hasta la comida. Lo único que nos queda es pasar por las Cabañas siglo XXI. Nada indica modernidad en esos parajes, el tiempo también es ajeno. Paisaje agreste inmaculado apenas intervenido por esas cabañas que hoy nos proveen de aceite. Martín define al alemán que nos atiende como mala onda y pollerudo. En sus cabañas en el medio de la isla, cerca del Paraná, flamea una bandera argentina y debajo la alemana. Cuando amarramos nos salen a ladrar seis perros. Tiro la línea, bajo a conocer el predio. El agua también había bajado y se ven los pilotes un tanto derruidos. Las cabañas están vacías. El alemán nos vende el aceite, sale a atendernos con remera tatengue y gorra de Colón, alemán raro este.

Una vez arriba de la lancha, recojo la línea que había quedado por quince minutos ahí y saco el moncholo del día. Almuerzo completo con esa pieza.

Abordamos un rancho, le usamos la H de afuera. Martín limpia los pescados, Mauro baja las cosas de la lancha y yo preparo el fuego. El péndulo de la relación entre Mauro y Martín viene desde la infancia, esas amistades que todo lo permiten, toleran y justifican. Del fuego se encarga Martín que enharina las postas en una caja vacía de vino que bate como coctelera, sistema que ni a Mallmann se le hubiese ocurrido.

Las postas salen gloriosas con limón del suegro del cocinero. Cuando iban a plantar el árbol, hace 40 años, el jardinero le pidió que compre dos sábalos y los deje arriba del techo. A la semana enterró los sábalos y plantó el limonero. Esos limones estamos disfrutando a la vera del San Javier, en Santa Rosa de Calchines.

El agua tiene una tonalidad oscura pero cuando metés la mano se ve con claridad. Estando cerca del Paraná cambia a té con leche. Volvemos guiados por Martín que conoce la zona y se maneja con tranquilidad.

Durante el día estamos pescando cada uno en su mundo, alejados entre nosotros, amarrados a unos canutillos. Trastabillo y caigo al agua, debe haber una explicación racional y muchas irracionales.

Me sigue costando saber para dónde va la corriente del río cuando hay viento. Orientarme por los puntos cardinales es cercano a doctorarme en astrofísica.

ENSEÑANZAS DEL RÍO

Avisa Diego para ir con su lancha a Cayastá. Día fresco y soleado, estaba anunciado este clima. Duermo cortado toda la noche. No creo que haya sido ansiedad porque no tengo que salir temprano. En fin, no dormí de corrido. Me levanto a las seis antes del despertador. Todo listo, mochila, cañas, reel, comida, mate y agua. A unas cuadra me doy cuenta de que me olvidé la mochila, vuelta a casa ¿Algún signo? No sé, hoy no lo sé.

Llego a lo de Diego, está durmiendo. Se levanta bastante rápido. Cargamos los bidones. Pasamos a buscar a Esteban por El Pozo y seguimos rumbo a Cayastá.

Diego y Esteban se conocen de la Escuela donde trabajan, así que escucho historias del submundo institucional. Director complejo que vive para la escuela y se pasea los domingos por ahí. La vida alrededor de la institución pero nada muy productivo porque todos lo resisten y no lo respetan mucho. Peleas de profes, maestras y preceptores por horarios, planillas, vacaciones y plenarias. No se quejan de los pibes, es más, los reivindican y a las familias del barrio que los acompañan desde una situación económica que dista de ser la mejor. Lejos entonces de esos discursos discriminatorios, hay esperanza en sus relatos, en la educación y no la clásica resignación donde todo está podrido.

Hay comentarios de cruces de parejas, miradas, intuiciones de quién está con quién, de la sexualidad de tal o cual y de lo buena e inalcanzable que está la de inglés.

Está fresco y con la lancha andando se puso bravo el frío. Pasamos señuelos por las correderas y nada. Nos centramos en el amarillo. A las dos horas todos sacan menos yo. Me inquieto pero después de un rato sale un moncholo. No soy un tipo de racionalizar la técnica. Si pica, pego el tirón sin pensar, aspecto que tendré que

mejorar dado que se requiere de precisión y cierta lógica a la hora de pescar. El pescador tiene sobrada fama de mentiroso y arriba de la lancha se escuchan demasiadas historias que, a la hora de pescar, se transforman en reglas con excepciones. La boga sale con posta o un preparado de masa con mostaza y polenta, cuando quiere salir también sale con tongorí. El armado está en los pozos y hay que tirar entonces plumadas pesadas. El amarillo, en cualquier lado y, cuando hace frío, mejor. El dientudo o tararira se mueve cerca de las lagunas. La palometa jode en aguas quietas, bajas y calientes. El surubí sale en verano e inverna hasta septiembre, sale solo con morenas. Esto es así o todo lo contrario.

Me bautizan «el Epiléptico» por mi forma de pescar. Al parecer hago un movimiento un tanto involuntario cuando pica algo. Estoy distraído, más bien vivo así y me sorprende el pique. De todas formas no sé qué hacer en ese momento, cómo llevarlo con cierta naturalidad. Lo importante es estar en el río, disfrutar el agua correr, el bamboleo de los árboles, ver los pájaros y el salto repentino de los peces. Dejarse estar, ser el río.

Ese río —que «me atraviesa», dice Juanele Ortiz— nos permite habitar en él. Ahora nos da bagres o apretadores, el saber pesquero los toma como un anuncio de que hay que moverse de ese lugar. Buscar el mismo río pero otro río porque allí se transforma en territorio del apretador. Nos les creo pero al instante salen dos más. Conscientes de la ley del río, huimos. El pescador del delta le escapa a la palometa y al apretador. La palometa te devora la carnada, no deja que otros pescados vayan a ella, te corta la línea y te puede sacar un pedazo de dedo con sus dientes. El apretador se lleva el anzuelo hasta lo más profundo de su ser, tiene chuzas filosas, estás media hora tratando de no lastimarlo.

Diego, eléctrico como es habitual, planea un viaje a Rosario para conocer un bar, vende un auto y compra otro mientras le arregla un problema a su mamá y define cómo cuida a su papá que tiene gripe. Además de seguir organizando su viaje a Europa. Todo, pero todo, al mismo tiempo. Necesita ese ritmo. En el río y en la vida.

Cuando se angosta la salida de Rincón hacia el Leyes por Ruta 1, pasamos por un latón amarillo que supo ser container, pegado a guardarraíl. Lo atiende el viejo Oscar hace 30 años. Llevamos pan con chicharrón porque son sublimes y un poco por cábala también. Almorzamos tartas de atún y los Rampazzo de postre.

Después de la comida llegamos al Paraná y el majestuoso no está picado ni lo castiga ningún viento. Se dejan ver sus costas, barrancas y arenales como veredas de oro. Cuando uno se mete en el medio del Paraná y trata de mirar por dónde salió, solo ve árboles, la boca del Reventón desaparece. Hay que ir solamente cuando uno está seguro de que no hay viento sur ni nubes de tormenta. Esteban se lleva los amarillos y mi moncholo. Después de toda la vuelta estoy por casa a las 20:30. No le pusimos aceite a la lancha, le quedamos debiendo cien pesos a Esteban, aunque Diego pagó el pan y yo no cobré la nafta hasta Cayastá. Baño y a dormir.

Sueño con recordar el presente, que salgo con luna llena, en la ruta se va escondiendo y da ese sol del amanecer. A la vuelta, eclipse lunar. Aleteo de patos, benteveos y cardenales cerca del río o posados en camalotes que se deslizan con el fluir del agua.

OLLA RETOBADA

Duermo de corrido, solo me levanté a las seis menos veinte y después siete menos cinco. Había puesto el despertador a las siete.

Cargo lo habitual, nafta, bolso azul, cañas, reel, aceite y las nuevas adquisiciones, bonete y grampín. El Mono carga coca y dos termos de mate. El Guille trae olla, un trípode, parrilla, mesa, bancos, aceite, sal y cañas.

En los preparativos estoy tranquilo, sabemos que hay amarillo y además se ha sumado Guille que va a la isla desde que balbucea palabras, por lo que conoce todos los secretos, va bien preparado, nunca le falta nada.

No puedo arrancar la lancha, el viejo Carlos de la guardería me recuerda que ponga el tapón. Guille con dos piolazos la hace arrancar. Es al pedo, la habilidad mecánica no vino entre mis dones.

Salimos, hago un cuenco con mi mano derecha, me inclino hacia el río, el agua que consigo me la llevo a la boca.

El Mono es la primera vez que viene a pescar, por lo que se podría aburrir pero a los treinta segundos me doy cuenta de que está atrapado por el embrujo del río. Tiene un ojo artístico privilegiado, registra con fotos y videos ni bien una garza abre sus alas blancas sobre un camalote.

Cruzamos el puente sin demasiado rumbo fijo y testeamos cómo se va dando la dinámica grupal en ese microambiente que se genera en el pequeño habitáculo flotante.

El Guille, que no navega por el Leyes pero sí en el Ubajay donde tiene lancha, marca el ritmo. Yo estoy dispuesto a navegar y a aprender, por lo que voy parando donde él indica. Ni bien cruzamos el puente hicimos la primera parada, antes de La Vuelta del Pirata, justo después de pasar El Colorado.

Tiramos la línea y aparece un bote con un pescador levantando un espinel. En todos los anzuelos tiene pescado. Nos disculpamos porque no vemos el dispositivo pescador. No le pone boyas porque si no se lo levantan. Comer pescado robado está maldito pero allá ellos, nos dice.

Las pequeñeces del río, hurtarse el pescado, no respetar el laburo del otro. Cuando el río se vuelve trabajo aparece el hombre con sus avaricias y se pierde la lírica del fluir.

Sacamos un amarillo ahí, pasamos cien metros y otro más. Es el mismo lugar donde pescamos con Mauro y Martín pasando la primera curva donde se forma una pequeña isla con una entrada de agua en forma de U. Volvemos a sacar una boga, Guille la saca y la devuelve por su tamaño. En el *racconto* del día Guille sacó diez, El Mono tres y yo dos. Comimos gracias a Guille, no solo por los pescados, sino porque se encarga y nos enseña cómo hacer la fritanga. Abre los pescados haciéndoles una hendidura con el cuchillo en la «cloaca». A partir de ahí un tajo longitudinal hacia la cabeza. Eso le permite sacar todas las tripas. Después los lava en el río y los cuelga. Los va hilvanando uno a uno gracias a un tajo pequeño que les hace en la parte de abajo de la cabeza, entonces se le puede pasar la soga por el tajo y la boca. Termina quedando un banderín de pescados listos para ser comidos.

La tarea del Mono es juntar leña y hacer el fuego. La olla de hierro es un lujo total. La leña isleña es blanda, se enciende rápido y hace llama. A los pescados no los cortó en postas sino que les hizo un tajo profundo que respeta la espina dorsal. El bicho sigue entero pero abierto como un bandoneón para que se fría todo junto y se pueda sacar de la olla de una vez.

Arma un trípode y cuelga la olla. Me explica que si no tenés ese artículo podés atar la olla a la rama de un árbol. Todo ese procedimiento lo veo tan lejano que no creo poder llevarlo a cabo por mi cuenta.

Estamos en una sombra, sentados alrededor del fuego, una mesa con los limones cortados, mucha cerveza circula y se cae la olla, el aceite caliente va a la tierra, ponemos una parrilla que teníamos en

el piso, como base de la olla, Guille saca dos frascos con grasa que tiene por si hay necesidad. Vuelta a empezar. Va sacando de a uno porque si no se le hacen sancocho y también para comerlos calientes. Las herramientas son dos ramitas, la bandeja, papel de diario.

Deja el moncholo para el final para que veamos la diferencia en el sabor de los pescados y sepamos apreciar esa pieza maravillosa. Contrario a lo que supongo, nuestro gusto no está atrofiado por la cerveza y el tinto, el moncholo es un verdadero manjar.

El Mono supo vivir en kibutz, estuvo con el ejército israelí en el Líbano, entregó toallas en un hotel en Marbella, fue fotógrafo en Varsovia, artesano en Bariloche, arquero de reserva en Chaco For Ever, habla cinco idiomas. Está contento porque pudo prender el fuego en la isla.

La fritanga dura tres horas. La música que pone El Mono perturba el silencio de la isla. Todo lo que tiene de ojo para la fotografía le falta de oído para la naturaleza. En el atardecer el río está planchado, hay una suave correntada y mucha actividad de peces.

El río borbotea con los saltos de los peces. El Guille pasa de hipotetizar entre el dorado y el patí para concluir que son sábalos que salen a respirar rumbo al Paraná. Una suerte de peregrinación acuática cuyos borbotones se hacen visibles en la superficie.

RECORRIDOS

Amanece nublado, frío y ventoso. Están mi papá y Matko, mi hijo, por Santa Fe. Quiero ir a buscar la lancha así llevo a Matko y puede disfrutarla. Esperamos que levante un poco la temperatura. Salimos para las cabañas, almorzamos sándwiches de milanesa. El viejo queda durmiendo la siesta y nosotros vamos para la guardería. Trato de arrancar la lancha, uno, dos, diez piolazos y nada. Le pedimos ayuda a Mariano. Nada tampoco. Viene uno de la guardería de al lado, limpia las bujías y la lancha ruga. Salimos contentos con mi hijo, a pesar de las dos horas sentados en la lancha esperando que el milagro del encendido suceda.

Salimos, hago un cuenco con mi mano derecha, me inclino hacia el río, el agua que consigo me la llevo a la boca.

Vamos dispuestos a realizar un trayecto que no conocemos y por primera vez sin expertos a bordo. Desde Arroyo Leyes agarramos El Colorado hasta el puente de hierro que está sobre Ruta 1 y de ahí al Ubajay. Por suerte los mapas estudiados representan la realidad vivenciada. Una vez en el Ubajay toma el mando Matko. Confiesa que le dice a sus amigos que con una pata de jamón crudo en la casa y una lancha está hecho en la vida. Maravilloso entonces.

No frenamos para pescar en el camino por temor a que la lancha no vuelva a prender. En este trecho del Ubajay hay muchas construcciones y es angosto. La corriente se siente pero nosotros vamos a favor. Llegamos, anclamos en la costa y nos ponemos a pescar, disfruto de la adultez de mi hijo.

No sacamos nada pero él se divierte tirando la línea. Se hace de noche, queremos prender la lancha pero no hay caso. Rodrigo, dueño de las cabañas, tampoco puede, nos arrastra con su bote hasta el muelle. La lancha gasta un litro cada tres kilómetros, asegura, dato improbable.

LA SECA

Salgo a las seis de la mañana a buscar a Diego. En su casa la dinámica familiar está puesta en el desayuno. Cocina unas tostadas francesas con *omelette* para sus hijos. Limpia la mesada y ordena la cocina. Ayer preparó un guiso de lentejas para comer sano en la isla. Por Cayastá el sol ya está arriba. Cambia la hélice antes de subir a la lancha. Son las ocho y la lancha no quiere arrancar. Hoy todo es lento, el río está bajo, la arena se vuelve playa y brillo que encandila. Por fin salimos en busca de corroborar los datos que tiene Diego sobre el pique. Llegando a lo del Viejo Juan encallamos, casi habíamos cruzado La Seca con éxito. Juan está en su rancho y nos ve. Enseguida se sube a su bote y viene a darnos una mano. En el medio de La Seca se baja y nos tira una sogá. ¿Qué hará el llamado Viejo Juan con sus días? Tiene una carpa y un toldero casi rancho. En alguna ocasión vi su bote con una familia. Me extraño de reconocer estos lugares y su gente ¿Cómo será el día a día de su trabajo? Le compramos dos surubíes y no quiere aceptar la propina por la gauchada que nos hizo. No parece viejo, para mí no llega a los 55. Tiene facilidad de palabra, se desenvuelve con soltura como alguien acostumbrado a tratar con personas. De todas formas verlo allí, solo, rodeado de agua, en el medio de la nada, me hace pensar en él como un retirado del mundo, confabular historias extraordinarias alrededor de su persona. Me pregunto por qué me inquieta alguien que vive en los márgenes, dentro de sus propios desiertos o islas. ¿Cómo se hará de las provisiones mínimas?

A la vuelta de nuestra pesca vemos su bote amarrado en un canal, él no está, supongo que se ha internado en la isla, para acrecentar el misterio.

El Paraná, sus enormes barrancas, los cerritos, arenas que buscan perderse. No pesqué nada a la mañana, por la tarde sale variada como para mostrar que no estamos de balde.

Diego hoy habla de Colón, de sus hijos, de la escuela, de sus viejos,
de la casa, nunca toma en la isla, llora sin mostrarlo, para adentro,
hasta que llegamos a la guardería, no explica por qué, yo no pregunto.

NECESARIA SOLEDAD

Día soleado. Es una aventura ver si la lancha prende, no voy con expectativa. Convoco a ocho personas, nadie puede ir, arranco igual. La lancha prende al tercer piolazo, está de mi lado.

Salgo, hago un cuenco con mi mano derecha, me inclino hacia el río, el agua que consigo me la llevo a la boca. Rumbeo al Paraná. El río sigue bajo —a pesar de que Mariano comentó que ha subido 40 centímetros—, quiere mostrar sus entrañas, pasar a ser solo cauce. En los primeros dos lugares que paro no hay pique. Me cuesta acomodarme a la situación, de hecho, me estoy cagando. Cuando resuelvo ese tema, me cruzo a una zona rocosa pero tampoco hay pique, cambio la plomada y el anzuelo, nada. En una boca, de donde sacamos una boga con Mauro y Martín, empieza a salir amarillo. Jode el viento pero el que haya empezado a picar me entusiasma. Lejos de hacerme preguntas metafísicas, el pique, la carnada, los enganches me mantienen entretenido.

Por ser sábado se cruzan algunas lanchas que no molestan. No veo a pescadores, esos que viven de la pesca. La mañana entrada es tarde para ellos. El día de pesca culmina temprano y puedo volver para almorzar con Ale, hacer chupín y dormir la siesta.

RÍO COMPARTIDO

El día anterior le propongo a Mauro ir a pescar. Después de algunos titubeos que van desde la responsabilidad al placer, accede. Lo busco a la hora pautada, 7:30. Como era de esperar, demora, no mucho. Se sorprende por las pocas cosas que cargamos, casi una salida de oficinistas. Agua, mate y los elementos suficientes para que la pesca suceda. Mariano nos espera en la guardería. En siete piolazos la lancha arranca. ¿Lograré ser más preciso alguna vez? Lo dudo pero en principio habrá que conformarse con que, por ahora, siga arrancando. Según los consejos de uno que apareció por la guardería salimos para el Falso Toro porque el pescado está entrando de la laguna al Leyes. Hago un cuenco con mi mano derecha, me inclino hacia el río, el agua que consigo me la llevo a la boca. Conté nueve pescadores en sus ranchos o tolderíos transitorios con sus canoas con el mítico villa o a remo. ¿Será por la crisis económica?

Nos metimos en el Falso Toro y encontramos otros tres pescadores que nos dicen que no hay nada. El día que los pescadores te digan que hay pescado, va a llover un mes seguido. Tapiaron el río con mallas. La revuelta convivencia y supervivencia entre río, pescadores, economía y ambiente no muestra ganancias. El río se pierde en voces de escritorios.

Sacamos apretadores, palometas y algún amarillo. En la guardería nos dijeron que había cachorros pero ni noticias de eso. Mauro menciona el misterio del vuelo en bandada, en este caso de patos. La biología tiene una explicación para esto pero no la queremos saber. Imaginamos designios extraños de comunicaciones ancestrales que los guían y se guían a horizontes inhóspitos. Tal vez el pescar sea ese viaje a la incertidumbre, a las profundidades de algo indescifrable, compartir en ese extraño habitáculo flotante y precario de olores intensos, la vitalidad de la amistad.

NÓMADES DEL PARANÁ

Vuelta al río, esta vez a Cayastá con Diego y Marcelo, jefe y empleado de unas canchas de tenis en el Puerto Madero santafesino. Me entero entonces de historias de problemas laborales que pueden ser las de cualquier comercio u oficina. Las eternas disputas de quién trabaja más en esas dependencias con pocos empleados, quién llega tarde, quién se quiere hacer el jefe. Todo esto en el viaje hacia Cayastá. Marcelo además tiene una verdulería en el barrio Centenario, vende batata–zanahoria, se opone a decirle boniato. Diego trae dos hélices arregladas. Se habían roto la última vez a causa del río bajo y la, llamémosle, osadía de Diego de navegar por lugares de dudosa profundidad. Vamos con la idea de rumbear para el Boquerón pero agarramos para La Seca por sugerencia de Chucky que avisa que aquel lugar está cortado. Navegamos como una hora buscando por dónde entrar al Pantanoso, tenemos datos de que está saliendo cachorro. Cruzamos La Seca sin problemas, ya sabemos dónde está el banco de arena, no nos encajamos. La existencia del río ahora nos dice que no solo es agua, rozamos sus profundidades, las orillas se expanden dando hilos de agua, el reventón muestra su historia de troncos ahogados y boyas a la deriva. El Paraná es vena troncal, playas generosas, intervenido por el dragado. Acompañamos a tres buques cargueros de proporciones kilométricas con la bandera paraguaya flameando. País sin mar, el río salado sin orillas está allá lejos y no es nuestro, la lancha no llega hasta ahí. Al Paraná lo marcan esas boyas verdes y rojas dispuestas a lo largo de su cauce. Buques en forma de L acostada, sin gracia ni cuidado estético, con andar anodino propio de la explotación capitalista. Sin sentido pero sin pausa van los buques sin mostrar quién los navega. Es raro visualizar alguna presencia humana en esas torres ondulantes que van por el medio del río.

Cuando pasamos por lo del Viejo Juan no estaban ni él ni su bote. Tiendo a creer que son uno solo. Arranco sacando una palometa, hay bastante pique, por ahora todo chico. Empiezan a salir los amarillos y habíamos llevado una actitud de traernos todo. Así que vamos cargando en cada parada amarillos y algún moncholo. Nos metemos en el Paraná otra vez, tiramos sobre la costa y nada. La correntada se hace sentir, se lleva la línea.

Adentro, en el delta, el agua casi que no corre, estancada como desafiando el precepto de Heráclito, nadie se baña en el mismo río o algo así. Acá el río está quieto. No parece río.

Comimos arriba de la lancha, protegidos por la sombra de un sauce, empanadas frías de carne y pizza arrollada. El Chelo bardea con Boca, toma cerveza y no suelta el celular. Añora el Salado, las redes y los sábalo. Recuerda los mangos que ganaba ayudando a pescadores. Le habla al río, mira más allá. Se protege con una gorra de sus recuerdos.

La esencia y la apariencia del río se entrelazan y revelan una estética que devela su sensibilidad. En su bajante, muestra un lecho agrietado y barroso, salpicado de caracoles gigantes. La costa, donde uno se hunde al avanzar, parece desdibujar cualquier límite.

La hélice se frena en el barro pero zafa y continuamos nuestro devenir. Las morenas no encuentran surubíes pero sí palometas. Nos enredamos con una malla de pescadores. La dicotomía entre placer, trabajo y ecosistema. La malla como símbolo de sustento vital de los pescadores. ¿Son nuestros esos sábalo en las redes que nos imposibilitan el paso?

Los ranchos o tolдерías itinerantes de los pescadores emulan a los nómadas de otros tiempos. Especulo que la crisis los vuelve al río, posibilidad de extracción de riqueza, saberes y medios de producción (mallas, espineles, botes, villitas), una red de consumo y distribución de pescados con sus frigoríficos pero también puestos en las rutas y en Santa Fe, además de pescaderías registradas. Tuvi-mos que cortar la malla, otro mojón en la disputa por la circulación de los ríos. Anclamos en un árbol que aparece en el medio del río.

Con plomo pesado de 150 gramos empiezo a sacar moncholos laguneros sin respiro ni descanso. Diego dice, vamos, estoy cansado de verte sacar y sacar. No lo puedo creer. De la cantidad de peces que tenemos, los pasamos del balde a una especie de jaula acuática que permite que los peces nos acompañen en su hábitat natural.

Pegamos la vuelta, pasamos por lo del Viejo Juan. Ahora sí está. Le pregunto por su vida, me comenta que sus hijos son electricistas y viven en La Rioja, que la señora y los niños que había visto yo eran sus nietos. Me comenta que viene a la isla salteado, llegó ayer y se vuelve el lunes. Aprendió todo de su papá que pasaba hacienda a la isla. Los hijos no quieren ir más por ahí. Hace las compras en un supermercado de Cayastá y vende el pescado donde puede. Ya trataré de preguntar más. Nos acepta las empanadas que le dejamos. Hoy almorzó fritanga y se quedó sin harina para hacer tortilla.

Seguimos viaje y dejamos al Viejo Juan con su mirada clavada en el agua. En medio del río, el motor se detiene. No sabemos si es la nafta, le agregamos, se vuelve a detener. Hace un ruido poco habitual.

Nos arrimamos a la orilla, nos bajamos para cambiar la hélice que está toda doblada, además le agregamos aceite al motor. Como es la tercera vez que hacemos ese cambio de hélice estamos duchos.

El motor sigue haciendo ruido, llegamos a la guardería bastante temprano con resto de sol. Ordenamos las cosas, Marcelo se pone a destripar los pescados. El viaje hasta Santa Fe es rápido pero nada tranquilo, le gusta correr a Diego, demasiado. Cuando llegamos me pongo a postear, termino tarde y cansado pero con 7 kilos de pescado. Marcelo otro tanto, Diego no quiere ni uno.

DESTINO DE LAS RAÍCES

Preparamos las cosas temprano, el pronóstico del día es inmejorable. Llevo a Sofi a la escuela nueva y salgo para el Leyes. Paro a comprar tripero y un pan con chicharrón. Hay actividad en la guardería, Mariano baja la lancha y arranca luego de cuatro piolazos.

Hago un cuenco con mi mano derecha, me inclino hacia el río, el agua que consigo me la llevo a la boca. Enfilo para arriba al punto donde había pescado la vez pasada. Identifico hasta cuatro cantos de pájaros diferentes, debe haber muchos más. No se muestra el llamado martín pescador, sí benteveos y cardenales, además de unos cabecitas negras que, cuando les pega el sol, se vuelven azules.

En la zona se ven pocos pescadores de oficio. Me comentan que los viernes entregan en los frigoríficos, además deben lidiar con la invasión de los pescadores deportivos.

Hay una confrontación latente entre quienes pescan por diversión y quienes lo hacen para sobrevivir. Pescar como una joda o como un laburo. Esos ranchos de lona perdidos en el medio del delta no sugieren calidad de vida occidental ni aspiraciones pequeño burguesas. Más bien, reflejan a quienes se ganan la vida como pueden.

Hay abundancia de carpas, gente que vino a pasar el fin de semana largo a la isla porque hay feriado en Santa Fe. Poco pique en los lugares habituales. Hoy disfruto especialmente el canto de los pájaros y el sol que no pega fuerte.

Sigo avanzando hacia el Paraná por territorios desconocidos para mí. Saco un par de moncholos y me digo que con cuatro es suficiente para un almuerzo.

Encuentro un lugar con unos árboles caídos que hacen las veces de bancos. Hay dos fierros incrustados que sirven de base para apoyar la olla. Me hago el fuego ahí, prende rápido. El pescado sale espectacular.

Me quedo contemplando la isla en esa esquina que, luego me entero, es «Lo de Néstor», por el pescador que paraba allí. Hay controversias sobre si está vivo o muerto. Yo no lo conozco, espero encontrarlo, su espíritu habita ese lugar que convoca al pensar existencial.

La vuelta la hago de un tirón, más rápido de lo que esperaba. Parece más cerca de lo que imaginaba. Las distancias, como el tiempo, se dilatan según nuestras percepciones.

Guardo en la memoria esas imágenes del río que espero volver a ver. Si regreso, quiero encontrar esos camalotes flotando, esas raíces amenazantes que salen desde el corazón del agua, esos árboles que van a morir en las profundidades pero, desafiando las leyes biológicas, reverdecen en medio del río. Y los otros, los troncos secos, cansados de tanto fluir que se resisten a hundirse. Persisten bajo el sol y las lluvias cumpliendo su destino. Árboles tumbados que crecen desordenadamente unos sobre otros. Árboles que se alzan en vertical y dejan sus raíces expuestas como rulos para ser acariciados. La mano de mujeres y hombres aún no ha llegado hasta aquí para ensuciar con su orden geométrico el tiempo, el espacio y la estética salvaje del Paraná.

AFFECTOS

Largas negociaciones con Ludmila para que me acompañe a pescar. Volvimos de las sierras de Córdoba, del Valle de Punilla y mi propuesta es ir al río aprovechando la visita del amigazo Charly a Santa Fe, un compañero de la facultad.

Tenía muchas ganas de que mi hija lo conociera y de que Charly pudiera conocerla a ella. Estaba convencido de que la convivencia de horas de lancha en un entorno por descubrir para ambos, nos haría compartir emociones y nos acercaría un poco más a la felicidad.

Una de las preocupaciones de Ludmi es la matanza de animales. No sé cómo terminó aceptando pero lo cierto es que aquí estamos, a las 8 de la mañana, en la esquina de Bulevar y Vélez Sársfield esperando a que llegue Charly con el auto cargado para rumbear al Leyes.

Salimos, hago un cuenco con mi mano derecha, me inclino hacia el río, el agua que consigo me la llevo a la boca. El día se presenta cubierto, pero cuando el sol aparece, calienta rápido y se hace sentir. La consigna, o más bien la intención, es simple: pescar y comer. Para Ludmi llevo lechuga, queso y alguna que otra verdura más.

Charly, con su barba larga y blanca, es el yeti del Paraná. No tiene idea de la pesca pero aprende al toque. Como en la facultad, conserva esa inteligencia sensible que lo caracteriza. Eso sí, el jeropa no quiere encarnar por el olor a tripero. Salvo ese detalle, se maneja con autonomía. Es un tanto ansioso, algo curioso en alguien capaz de pasar horas fumando y filosofando en una silla. De todas formas, captura algunas piezas.

Hileras de árboles desde el Falso Toro hasta el Paraná visten ambas orillas del Leyes. En esta época y con la bajante, muchos de estos árboles muestran sus raíces colgando sobre las pequeñas barrancas. Desde la lancha, en medio del río, el mundo se limita a agua, árboles y cielo. Solo cuando el río parece cerrarse, todo se acaba. Pero

al llegar al tope, el río se abre de nuevo, en múltiples direcciones. Siempre hay alternativas, como en la vida. Río y vida. Esa vida, la del río, la de ser mujer que Ludmi defiende con su pañuelo verde en la muñeca izquierda.

Hay una hora de la tarde en la que el río está por decir algo. Nunca lo dice, o tal vez lo hace de manera circular y no lo entendemos, o lo entendemos pero es intraducible como el canto de los pájaros, una música que flota. Ludmi y Charly la escuchan.

ORILLA MANSA

Quedé en buscar a Diego a las 8 pero me duermo. La salida de anoche fue demasiado y las tres horas de sueño no alcanzaron. Terminé llegando a las 9. Enfilamos para el Leyes. Mariano nos espera en la guardería con la lancha ya en el agua. Salimos rumbo al Paraná. Hago un cuenco con mi mano derecha, me inclino hacia el río, el agua que consigo me la llevo a la boca. Pica un amarillo generoso pero después se corta. Probamos con los tarros cerca del Paraná, y nada. Hoy el gran río no se muestra majestuoso ni ilimitado. Cortado al medio por un banco de arena, deja ver a lo lejos las barrancas de la orilla de Entre Ríos. Esa isla gigantesca y elevada permite el paso de un estrecho surco de agua como un vaso comunicante entre un Paraná y su delta. No hay viento y el río que se niega a correr, como si negara su propia existencia. Tiramos los tarros de testarudos, no se dejaron ir a la costa, flotan casi quietos y, otra vez, nada. Doblamos a la derecha, hacia el Colastiné, el río que Saer nos hizo conocer. Ahora, rumbo al Luciano, no puedo evitar recordar *El limonero real*. Aprovechamos para pindanciar y tentar al surubí.

Un tarro se hunde, vamos rápido pero cuando llegamos la línea está cortada. Esto despierta toda clase de hipótesis o, mejor dicho, solo una: para el pescador, siempre el pez más grande es el que se escapa. Sale un patí plateado y bigotudo de unos dos kilos. A esta altura tenemos pesca suficiente para la fritanga pero ha entrado la tarde. Decidimos no comer y seguir intentando. En la primera tarreada en el Colastiné, un tarro no se hunde pero tampoco sigue la lógica de la corriente. Diego se baja a buscarlo, el agua está demasiado playa. Es una tortuga grande, de unos 24 centímetros de diámetro, que lucha por desprenderse de la combinación de anzuelo y fuerza de flotación. Pudo sacarle el anzuelo y liberarla en la orilla mansa.

**NAZARIO PALMAS O
APARICIO GARAY O
AGUSTÍN ZAMORA O
16 NOMBRES MÁS**

Salgo, hago un cuenco con la mano derecha, me llevo el agua que queda y miro al cielo. Enfilo para el Paraná. Media hora con el motor que me aturde; cada tanto lo apago para llenarme de brisa, de pájaros y de río. Cruzo hacia la costa del río y, en la isla del medio, en un rancho, pregunto por El Gato. Me señalan hacia la costa del Paraná, donde tres lanchas están ancladas. Está de actor en una película, me dicen. En la orilla seca con arenas blancas, veo un caballo y varios perros. Una viejita con un gorro de lana habla frente a una cámara bajo la sombra de un sauce. Cuenta, sin tiempo, algo así como...

Pasó así que nosotros vivíamos en la isla, papá siempre cuidó hacienda. Papá siempre con mi hermano mayor. Tenía canoa, yo y mi hermana mayor que ya falleció. Yo manejaba la canoa como nada, pasábamos animales a la par de la canoa a caballo. Entonces yo tenía como doce años y mi hermanita siete. Era hermosa, rubia, regalona. Tenía travessura Margarita, la llamaba y no contestaba de repente se aparecía haciendo chiste riéndose y la volvimos a llamar con mi hermana mayor y nada, y que no aparecía con el mate, nos pusimos inquietas y la buscamos ... Margarita, Margarita ... con mi hermana que éramos guriasas, pero nada. Nosotras llorábamos como nunca. Esto era que pasábamos y pasábamos y no la sentíamos en la isla, no sentimos gritos, no sentimos ruido, no sentimos silencio. No sentimos nada. Entonces después se llegaba tarde, tarde y nosotras llorábamos, llorábamos y buscábamos. Entonces había ese viejo que comía criaturas, yo me acuerdo que salió un libro donde está todo escrito lo que le pasó a Margarita.

Me quedo en silencio y me preparo un mate porque no está bien que un hombre no haga nada, que contemple el río nomás. Entonces se me arrima un muchacho que dice llamarse Mastrolorenzo. Está filmando un documental. Me cuenta que la mujer que hablaba era su tía abuela. Según las crónicas de la época, hubo un caníbal por estas islas. Tenía muchos nombres, todos los saben de memoria. Están en un prontuario y en un libro que no encuentra. Lo agarraron cuando se perdió el niño Eusebio Lugones en el 36. Hace mucho tiempo de eso. Me quemo con el mate, conozco un viejo que se llama así y vive en un rancho en La Seca, entre Cayastá y Helvecia.

RÍO PLANCHADO

Se anuncia día fresco, algo imprevisto para la altura del año en Santa Fe. Ale viene a pescar. Salimos, hago un cuenco con mi mano derecha, me inclino hacia el río, el agua que consigo me la llevo a la boca. Juntamos los tarros y nos vamos para el Falso Toro. Ale enseguida agarra el volante, no puedo decirle timón. Empezamos a tarrear y sacamos un patí de un kilo y medio. El río está calmo y la correntada es suave. Los pocos ranchos habituales no tienen lanchas varadas en la costa. Tampoco se ven pescadores.

Una llamada de mi hermana interrumpe la quietud del Leyes. Como en una escena cinematográfica, un tarro empieza a hundirse junto a nosotros. Es nuestro segundo patí. La mañana ya está hecha. Ale se apropia de la lancha, ordena los bártulos y ahora podemos movernos sin mirar por dónde pisar. Está despreocupada, mira la vegetación sin tiempo. Entramos en el Falso Toro y llegamos a una pequeña isla donde se abren dos bocas. Cambiamos de rumbo, nos dirigimos al oeste. El tamaño del río que va hacia Monte Vera, con sus bifurcaciones, transforma ese rincón en un paisaje relajante.

La quietud del río permite que los numerosos árboles de la costa se reflejen en la superficie. No se oyen insectos. Algunas garzas y cabecitas negras se dejan ver pero la hora del día no los invita a cantar. El sol, bien arriba, no deja lugar para sombra alguna. El río hace la plancha, se mueve a la velocidad de un minuterero.

REMANSOS AMISTOSOS

Programamos una salida familiar. Mauro va con sus hijos en la lancha y nosotros, con Ale, Clari y Sofi, en la nuestra. Nos vamos al Falso Toro por la cercanía del lugar y la cantidad de nafta que tenemos disponible. Salimos, hago un cuenco con mi mano derecha, me inclino hacia el río, el agua que consigo me la llevo a la boca. Tengo problemas con el arranque. Después de más de diez piolazos fallidos y siguiendo las indicaciones de Mariano que me ordena que le saque el cebador, pudimos ponerla en marcha.

A Mauro le pasa algo similar: su lancha se ahoga pero le da pera y camina. Hay dos lanchas tarreando separadas por unos 200 metros. No amarramos en ningún lugar para pescar sino que nos metemos directo en los bulevares. Encontramos una playa con arena mezclada con camalotes que proyectan sus sombras a esta hora de la tarde. Cada palometa o apretador que sacamos se transforma en una fiesta. Unos irupés descansan en una pequeña laguna detrás de un banco de arena.

Clarita no para de hacer piruetas en la arena. Juan se ha puesto a merendar, como es costumbre en él: de espaldas al río y a nosotros, mira hacia el monte isleño. Lucero y Camilo gritan, piden que les pongan la carnada. Se ponen los salvavidas y se tiran al río. Mauro los cuida y evita que se lancen más allá, al peligro. Distancia de rescate. Se pelean como hermanos que no saben relacionarse de otra manera pero esos conflictos no son inútiles ni intrascendentes; al contrario, marcan el vínculo que los une. Saben que se van a tener por siempre.

El atardecer hace su aparición estelar sobre el agua. Los pájaros reaparecen con sus cantos y comienzan a escucharse los sonidos de los insectos. Sigue siendo llamativa la ausencia de mosquitos.

La pesca sigue siendo una excusa de la que nos valemos para habitar el río por un momento. La jornada termina en el Torito, un carribar de la Ruta 1, con un ambiente de juventud madura y rock nacional de los 80 y 90. Santa Fe, con esas noches cálidas que invitan a no encerrarse, a mirar las estrellas y disfrutar de unas cervezas.

ATARDECE QUE NO ES POCO

Organizamos con Ale y las nenas una salida de pesca. Veremos si Clarita se amiga un poco más con la lancha porque la inestabilidad acuática no es lo suyo. Hoy la lancha arrancó sin problemas. Salimos para el Paraná. Hago un cuenco con mi mano derecha, me inclino hacia el río, el agua que consigo me la llevo a la boca. Cuando cruzamos el puente nos metemos en el Colorado. Tiramos en esa boca y las nenas sacan dos amarillos. La mañana está fresca para el enero santafesino. Una considerable correntada y un viento del este hacen sentir su presencia mientras navegamos.

Alejandra toma el volante, también manejan Sofía y Clari. Retomamos el Leyes y nos metemos en lo que bauticé «la cortada de los sauces». Es un rincón donde se forma una isla oblicua con un paso angosto y los sauces caen sobre el río. Nunca pesqué nada en este lugar pero ahora se puede navegar con tranquilidad porque está entrando agua.

Hay arenales ocultos, agazapados bajo el agua. El río no llega con su altura a las pequeñas barrancas. Probamos tarrear pero el viento nos tira los bidones a la orilla y, encima, no pica nada. Seguimos hasta «Lo de Néstor» y buscamos el Paraná. Tras la advertencia de Clarita sobre la nafta y Sofía que no puede entender cómo me ubico en el río pero no en la ciudad más el sol que pide caer, comenzamos la vuelta.

Probamos con los tarros como manotazo de ahogado pero sin éxito, salvo una palometa pacucera que devolvemos. Podemos amarrar y cargar rápido, no hay lanchas en la guardería. Camino a la ciudad y a las obligaciones de un año que comienza. Atardece que no es poco.

EL CURUPÍ

Ale quiere comer pescado, entonces le ofrezco hacer una fritanga en la isla. Acepta sorprendida. El calor santafesino se hace sentir. Llevamos poca carnada porque no conseguimos en la ruta. Entre pito y flauta estamos en el agua cerca de la una de la tarde.

Con el cebador parece que la lancha no quiere prender. Hace como una explosión y se apaga. Le saco el cebador y arranca. Salimos. Hago un cuenco con mi mano derecha, me inclino hacia el río, el agua que consigo me la llevo a la boca. Vamos a favor de la corriente, en dirección contraria al puente, buscando un lugar donde podamos comer. El cercano al corral está ocupado con dos carpas. Se ve que llegaron cerca de la tarde noche. Seguimos navegando por los bulevares, vemos un rancho blanco y, enfrentado, otro con un cartel: «El Bochero» o algo así. Seguimos por ese rumbo. El río se angosta y se ensancha, los árboles se acuestan sobre él. El sol nos oprime la cabeza, agrede y no hay sombra que alivie.

La vegetación es tupida y la planicie de la costa nos da a entender que estamos en un lugar playo. Probamos en la siguiente entrada y el panorama es el mismo. Nos bajamos en una pequeña barranca donde se ve un claro de sombra. Podemos subir y acomodar la olla, los limones, la mesa, las sillas y el pescado. No somos los primeros en venir a este lugar: hay rastros de fuego pero no han dejado basura, se agradece. Los yuyos están desmadrados y cuatro sauces que buscan cielo nos protegen del sol. Tiramos la línea por si algún pez se equivoque y quiera comer. Hago el fuego con la leña que dejaron los predecesores. Ale se pone a preparar el pescado. Trato de poner la olla lo más estable posible. El aceite se calienta rápido o eso me parece. Las primeras postas hacen borbotones al sumergirse. Sigo alimentando el fuego con ramas secas que encuentro cerca.

Al rato saco las postas, ya doradas, y pongo otras cuatro. Abrimos unas latas de cerveza que el hielo ha vestido de novia. No hay misterios, enharinar el pescado, sal y limón y, si tuviéramos, un poco de provenzal. Pero no hace falta más. El hambre y la ansiedad transforman el plato en un manjar, uno que sé que solo puedo disfrutar así, al pie del fuego, a orillas del río, con alguien que amo.

Después de la comilona, el fuego se vuelve ceniza, el sol sigue implacable. Enciendo la pipa, me acuesto y contemplo el bosque. Variedad de alturas, cantidad y edades en los sauces que nos rodean. Un sendero de vacas que busca perderse. El río corre rápido, los camalotes pasan. Nos recostamos para hacer una siesta y el curupí de la isla trae su mitología hacia nosotros.

Nos despertamos poco después y empezamos a levantar todo. En eso tres jóvenes se nos acercan a la lancha. Están perdidos y sin nafta, piden un poco. Saco la reserva de combustible que siempre llevo para estas ocasiones, sabía que alguna vez iba a resultar útil a algún pescador perdido. Salieron de Monte Vera y no saben cómo volver. Les explico dónde está el Bochero, por el cartel que lo señala. Se les ilumina la cara, esa es la referencia que buscaban. Les indico cómo ir bajando el río para llegar hasta ahí; por suerte Ale está atenta y tiene mucho mejor sentido de la orientación que yo, así que me corrige. Les señala cómo salir rápido por el río grande. Para mí no existe el río grande sino que es el Leyes que dobla, en fin. La miro y me abraza su calidez. En la primera salida a la izquierda, doblar y de ahí se llega a Monte Vera, repiten los jóvenes en voz alta. Nosotros vamos hasta ese cruce de ríos y nos quedamos abajo de una sombra generosa de sauces.

La correntada es intensa y los camalotes que arrastra son numerosos. Juego mentalmente a la carrera de camalotes que, por sus diferentes tamaños y lugar en la corriente, van adquiriendo diferentes posiciones. Volver a ser niño, como cuando tirábamos ramitas en los cordones de la vereda. Se me enreda la línea en un camalote y estoy un buen rato en contracorriente, tratando de traerla. Después de tomar unos mates en la sombra, salimos para la esquina del Toro.

El atardecer nos da ese privilegio, pescar y contemplar cómo el sol se acuesta frente a nosotros iluminando de formas diferentes el río y los árboles. Los pájaros salen a pescar con sus piruetas y picadas. El sol ya se oculta, volvemos sin querer llegar.

PRIORIDADES DEL TÍO PEPE

Le propongo al Guille ir a pescar surubí al Luciano. Acepta con la condición de volver temprano. En eso se suma el Mono, al toque el Tío Pepe y Gervasio. Siendo cinco en la lancha cambian un poco los planes. Además no vamos a exponer a Pepe al calor que está anunciado, tiene 79 años. Decidimos salir temprano para buscar el pique de surubí con tripero.

Salimos, hago un cuenco con mi mano derecha, me inclino hacia el río, el agua que consigo me la llevo a la boca. Empezamos tirando cerca del puente. El día sin viento y caluroso propone que abramos unas cervezas. Pepe tiene ropa fresca y sombrero. La muchachada es de risa fácil y contagiosa, hablamos desde la política internacional de Israel (no podemos pronunciarla con el esmero y la R arrastrada como lo hace el Mono) hasta el sexo a los 79 años. Si bien la intimidad de Pepe queda en la lancha, nos rebotan las sentencias que proclama, como *el lujo es vulgaridad*. Al momento de definir nuestras prioridades existenciales estamos más o menos de acuerdo con las tres C. Pepe da la nota con su pescar, cagar y comer. Al mundo le falta un tornillo, cantó Pepe mirando al río. Entre mates, pan casero con chicharrón y torta negra rinconera, seguimos pescando, nada de tirar y sacar pero alguna variada había.

Nos metemos en el canal de los sauces donde se cobijan unos irupés gigantes, dos de ellos en flor. Buscamos la sombra y no tanto la pesca. Ese canal es poco profundo y por lo general hay palometas. Cuando empiezan a picar nos alejamos. Pepe comparte los sanguches que trajo, se dijo sordo pero escucha bastante bien. Después de un rato empezó a tirar solo la línea. Pescó algo de variada. Pasado el mediodía, comenzamos la vuelta. El Mono saca más de cien fotos y siempre demuestra tener un ojo especial. Es asombroso cómo el instante fotográfico capta el momento de otra forma. Pero esto no lo logra la fotografía sino el fotógrafo.

EL GRAN SURUBÍ

Recibo la invitación de Diego para ir con La Garza y Chicho a Cayastá a pescar surubí. La idea es salir después del mediodía y volver a la noche. Llegamos a la guardería del Chucky como a las tres de la tarde. Cuando estamos en el agua el calor ya no es intenso. Paramos en una curva que hace el río, de repente pica mi línea de una forma extraña, me da mucho trabajo traerla, estoy por desistir, le quiero pasar la caña a La Garza. Nadie la agarra, la línea sigue pesada, no hay movimiento, me juego a que traigo el famoso pez rama. Cuando arrimo la línea a la lancha veo una raya, gigante para mis ojos, pero que debe pesar 10 kilos, más bien chica. Bicho feo y raro que por suerte La Garza desengancha del anzuelo y podemos seguir pescando. La tarde transcurre sin pique, vamos de lugar en lugar. La Garza amarra la lancha en una corredera, enfrente, en la isla, un sangre de drago solitario no nos hace sombra a pesar de la copa ancha. Una vez quietos, La Garza sentencia que acá hay surubí. Desde las siete de la tarde estamos en el mismo lugar, puedo escribir el diario. Vemos el cielo de diferentes colores por la caída del sol. Nueve y media de la noche corre la línea de Chicho, todos nos enloquecemos, deja que siga corriendo y de repente hace un movimiento acompasado, pone su caña al costado del cuerpo, paralela al río, y tira con la fuerza del movimiento de los que hacen taichi. Grita que se enganchó y empieza a recoger la línea. Está un rato largo trayendo y dejando ir. Tenemos el bonete preparado, solo cuando vemos el pez lo agarramos y logramos subir el surubí a la lancha. Mide cerca de 1,30 metros, un animal soberbio. Alegría generalizada. Nos sacamos fotos con el cachorro, cada uno de nosotros pescó ese surubí.

Seguimos en el lugar dos horas más, no pasa nada, entendemos que la pesca está hecha. La noche ya muestra la luna hace rato, corre viento en el agua. Dos piques, jornada sublime.

Nadie pesca dos veces en el mismo río porque el agua que fluye en ese río es distinta, porque nosotros somos un río diferente a cada instante. Escribir un diario es relatar un tiempo que escoge lo que recordamos y lo que no. Salgo, hago un cuenco con mi mano derecha, me inclino hacia el río, el agua que consigo me la llevo a la boca, como una plegaria pagana: uno sabe cuándo sale pero nunca si vuelve.

AGRADECIMIENTOS

A Mercedes Bisordi, quien con paciencia didáctica me incentivó a escribir. La dinámica de sus talleres fue dando forma a los machacados bosquejos de este diario.

A quienes me enseñaron a pescar y amar al río.

A los amigos que me cuentan anécdotas e historias y comparten manduvé frito con lisos.

A Alejandra, quien me dijo que este diario la llevaba al río.

A Ivana Tosti y Vera Cartonera, al encontrar en estas palabras algo para compartir.

SOBRE EL AUTOR



IGNACIO ARANCIAGA

Vivo en Rincón, provincia de Santa Fe, donde me abrazan, a la sombra de timbós, curupíes, sangres de drago, sauces y ceibos. La patagonia me regaló huellas e hijos que escriben historias en mí. Las empanadas y frito de pescado son creaciones de divinidades mocovíes. Horneo rogel y sufro por Racing desde 1971.

ÍNDICE

| | |
|----|---|
| 5 | 30 de junio. Iniciación |
| 7 | 3 de julio. Duerme el pez |
| 8 | 12 de julio. Fritanga |
| 10 | 17 de julio. Enseñanzas del río |
| 13 | 27 de julio. Olla retobada |
| 16 | 29 de julio. Recorridos |
| 17 | 4 de septiembre. La Seca |
| 19 | 14 de septiembre. Necesaria soledad |
| 20 | 24 de septiembre. Río compartido |
| 21 | 28 de septiembre. Nómades del Paraná |
| 24 | 29 de septiembre. Destino de las raíces |
| 26 | 19 de noviembre. Afectos |
| 28 | 7 de diciembre. Orilla mansa |
| 29 | 20 de diciembre. Nazarío Palmas o Aparicio Garay o Agustín Zamora o 16 nombres más |
| 31 | 16 de enero. Río planchado |
| 32 | 23 de enero. Remansos amistosos |
| 34 | 30 de enero. Atardece que no es poco |
| 35 | 2 de febrero. El curupí |
| 38 | 15 de febrero. Prioridades del Tío Pepe |
| 39 | 20 de febrero. El gran surubí |
| 40 | 30 de febrero |
| 41 | Agradecimientos |
| 42 | Sobre el autor |

COLECCIÓN **ALGO COMPARTIDO**

dirigida por Ivana Tosti

Preciosos ritos que nos reúnen.



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Universidad Nacional del Litoral.
Instituto de Humanidades y Ciencias
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).
Programa de Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Félix Chávez

Gestión digital: Programa Bibliotecas UNL

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

Aranciaga, Ignacio

Diario de pesca / Ignacio Aranciaga. - 1a ed.

- Santa Fe : Universidad Nacional del Litoral,
2025.

Libro digital, PDF/A - (Vera Cartonera. Algo
compartido)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-429-0

1. Diario de Navegación. 2. Crónicas.
3. Narrativa Argentina Contemporánea.
I. Título.

CDD A860

© Ignacio Aranciaga, 2025.

© de la editorial: Vera cartonera, 2025.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional